

Eurípides

—Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir Gilbert Murray del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las rañas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*—

3.—Véanse las entregas 7 y 8.

La *Hécuba* es un drama de la guerra de Troya, el gran triunfo guerrero de la edad heroica de Grecia. Como es costumbre en Eurípides, lo que le interesa aquí es el anverso de la medalla: La bajeza y, lo que es peor, la mediocridad de carácter de los conquistadores; los males monstruosos de que son víctimas los conquistados; la degradación moral de ambos bandos, que culmina con la transformación de Hécuba, noble reina oriental, en una especie de diablesa maligna. Entre los héroes que tomaron Troya contábanse —todo ateniense lo sabía— dos hijos de Teseo. El público de Atenas insistiría, desde luego, en que se les mencionara. Eurípides los menciona, una sola vez por todas, ¡y qué mención! Joven princesa va a ser asesinada, por voto de las huestes griegas. Hay curiosidad por saber qué dijeron estos jóvenes superiores, vástagos de Atenas, cuando el perverso Odiseo consintió en el asesinato de la doncella. Y Eurípides satisface la curiosidad: «Los hijos de Teseo, ramas floridas del árbol ateniense, pronunciaron discursos» —¡como en su patria en sus peores días!— «contradiéndose el uno al otro: pero ambos votaron por el asesinato». No es maravilla que en sus cincuenta años de producción dramática, Eurípides obtuviese sólo cuatro primeros premios.

En la escena que escojo (vv. 795 ss.) el cadáver del último hijo varón de Hécuba, Polidoro, acaba de ser arrojado a la playa por el mar. Como era niño, había sido enviado a un caudillo de Tracia, viejo amigo de los reyes de Troya, por el tiempo que durase la guerra. ¡Y ahora se comprueba que el tracio, en cuanto vió que la causa de Troya estaba irremediablemente perdida, asesinó a su pupilo! Hécuba le ruega a su enemigo Agamemnon que le dé auxilio para vengar el crimen. El «Rey de Hombres» es en este drama, como siempre que Eurípides lo pone en escena, un pobre diablo: Soldado valeroso, es cierto, y jefe no falto de bondades secundarias en medio a la ruina que siembra; pero sensual y, en lo moral, cobarde. La escena es frente de su tienda de campaña. Dentro de esa tienda está el único fruto de su vientre que le queda a Hécuba: Casandra, la profetisa que ha hechos votos de virginidad eterna o de unión sólo con el Dios: ¡Agamemnon la ha violado y la tiene de concubina!

Observad cómo el alegato de Hécuba fracasa en sus razones nobles, mientras que las razones bajas que aduce tienen éxito. Le muestra a Agamemnon el cuerpo de su hijo y le dice cómo, mediante mentirosa estratagemas, el tracio le dio muerte:

¡Y en esa red de engaños
sin compasión de sus pueriles años
le asesinó! Bien pudo el asesino,
si verter esa sangre era su sino,
siquiera darle al pobre cuerpo escudo
de tierra fiel; pero lo echó desnudo

al vómito del mar. ¡Rey, soy tu esclava,
la que las ropas de tu lecho lava,
débil, por el dolor, hasta la muerte:
Ah, pero escucha, Rey, que Dios es fuerte!
Y más fuerte que Dios, la que preside
inapelables juicios y divide
lo injusto de lo justo: Si tú ahora
esta causa desechas que te implora:
Si el custodio a su huésped asesina
impunemente, di, ¿la Ley Divina
no queda desterrada? ¡No toleres
que te clamen en vano las mujeres!
¡No me odies más! ¿Qué daño puedo hacerte?
¡Ten compasión de mi terrible suerte:
Cuenta las penas que me agobian: Mira,
tu esclava soy, y el yugo de tu ira
llevo donde llevaba mi corona:
Y fui madre... Y ahora me abandona
el último consuelo: Sólo espero
morir: Ya soy anciana y pronto muero!...

(Agamemnon, molesto y presa de embrazo se dirige a su tienda de campaña.)

¡No me dejes: Escucha!... Yo tenía
hijas también, mi coro de alegría:
Hoy una sola tengo, la más pura,
hundida en la vergüenza más oscura...
¡El humo, el humo! Incendio! ¡Troya en llamas!

(Hécuba se desmaya. Agamemnon ordena a las otras esclavas que la atiendan... Hécuba vuelve en sí y se levanta con una idea repentina.)

—¡Me atreveré: Por más que de las ramas
del árbol del amor se haya caído
la última flor divina, y, fermentado,
ese árbol aquí sea leña seca,
fruta que se pudrió, palabra hueca!...—
¡Oyeme, Rey, contigo duerme mi hija:
Tu sábana de púrpura cobija
a la que en Troya fue virgen sagrada,
Casandra, mi princesa!... Si te agrada
el coloquio de amor en lo callado
de la alta noche: Si el misterio alado
que ronda la hora del supremo beso
te pone en toda vena dulce exceso,
di, ¿no me debes algo? Si te halaga
mi hija, ceñida a ti, ¿no tendré paga?
Y ella, ¿no la tendrá?... ¡Este es su hermano!
Tuyo también, ¿no es cierto?... ¡Alza la mano
para vengar su muerte!...

Esta razón, desesperada y horrible, conmueve a Agamemnon. Pero... Todo su tiempo, por el momento,—dice,—se lo quita el estar con Casandra. Y teme. El rey de Tracia,—alega,—es aliado de los griegos: El pobre muchacho asesinado era, bien visto, un enemigo. Las gentes dirán que Casandra influye demasiado en su ánimo: Si no fuera por eso...

Hécuba le replica con palabras que bien pudieran servir de lema para la mayoría de los dramas de Eurípides de esta época como también de muchas de las obras de Tolstoy en nuestros días:—

¡Basta! ¡No hay hombre libre en este mundo:
Todos esclavos: Unos, de amo inmundo,
el deseo carnal: Otros, del oro
que allega la avaricia; o del decoro
mentido y mentiroso ante la plebe:
Nadie por propia voluntad se mueve
ni emplea el alma propia! ¿Tú al rebaño
le temes, qué dirá? ¡No temas daño:
aunque sea tu esclava, te haré libre!...

Formula un ardid Hécuba que no implicará al rey de los argivos. Se le permite al caudillo tracio visitarla. Con el pretexto engañoso de comunicarle dónde hay un tesoro escondido, ella lo atrae, a él con sus dos hijos pequeñuelos («es prudente que ellos sean testigos, por si él muere!»), a la tienda donde moran las troyanas cautivas. Las mujeres, con mimos, poco a poco separan a los niños del padre. Fingiendo curiosidad risueña por las javalinas del guerrero y por el tejido de su capa, lo rodean. A una señal, se prenden de él y lo sujetan, y en su presencia le asesinan los hijos, y le arrancan a él los ojos. Agamemnon, que sabía que algo iba a suceder, pero que nunca esperaba semejante desenlace, se horroriza pero nada puede hacer. El bárbaro, con las cuencas de los ojos manándole sangre, sale a escena. No puede tenerse en pie, y se arrastra. Va palpando el suelo, buscando los cadáveres de sus hijos, buscando quien le dé ayuda, buscando a quien destrozará. Ruge con alarido de fiera, y así culmina el horror de esta escena.

No nos aventuraremos más en el análisis de este tipo de drama. Por más ejemplos que pudiéramos citar, no probaríamos desde luego, nada. Un trágico ha de ser creador de escenas espeluznantes. Siempre es peligroso,—y a veces un tanto vulgar,—deducir de las obras de un poeta conclusiones acerca de su propia vida; pero, de una parte, tenemos el hecho de un amargor que va en *crescendo* en los dramas de Eurípides, y, de otra, la impresión peculiar que dejan estas obras y a la que ya nos referimos antes, de que tratan de cosas no inventadas sino reales y concretas. Pero no es nada positivo en sí lo que nos puede dar luces acerca del tono posterior de Eurípides. No son las fuertes arremetidas que emprende en contra de casi todas las instituciones de la sociedad humana: En contra de la riqueza y de la pobreza, en contra de los conceptos de lo femenino y de lo viril, en contra de la esclavitud vista desde el punto de los amos y desde el de los esclavos, y, sobre todo, en contra de las democracias y de la demagogia; no son siquiera los caracteres que en muchedumbre nos presenta en escena, todos desequilibrados y sórdidos, esclavos trémulos de la ambición como Agamemnon, intrigadores sin sentimientos y sin escrúpulos como Odiseo, mezclas inestables de vanidad y de caballerosidad como el Aquiles de la segunda *Ifigenia*, mujeres de poco fondo como Helena y mujeres terribles como la Electra del *Orestes* (drama éste del que el escoliasta ingenuamente dice que «los personajes son todos perversos excepto Píldes,» excepción que es un sujeto más bien idiota que tiene el oficio de matar). No son puntos como éstos lo más significativo. Lo significativo es la pérdida gradual de la serenidad y de la esperanza. Creo que la mayoría de quienes han estudiado la obra de Eurípides convendrán conmigo en que casi el único vestigio que queda del espíritu del *Alcestes* o del *Hipólito*, la única región de belleza no turbada, que se puede hallar en las tragedias de la última época, es el elemento lírico de los dramas. Hay una o dos obras, como la *Andrómeda*, que